

**CALVO CABALLERO, Pilar:** *Beneficencia y ciudad. La Casa de Beneficencia de Valladolid (1818-2018)*. Valladolid: Maxtor, 2018. 408 páginas. ISBN: 9788490015810.

La obra que nos ocupa viene a completar un ya denso puzzle de trabajos sobre establecimientos vallisoletanos de beneficencia, aprovechando el bicentenario del decano de todos ellos, la Casa de Beneficencia. Se inserta así en una línea consolidada hace ya décadas en la Universidad de Valladolid (con los trabajos de Teófanos Egido, Jesús María Palomares, Alberto Marcos, Elena Maza, Pedro Carasa o la propia autora, Pilar Calvo) y que tiene su correlato en otros lugares, como puede ser la Universidad salmantina.

Pilar Calvo, quien ya había dado sobradas muestras de competencia en este campo de investigación (recuérdese su excelente trabajo *La aventura filantrópica en Valladolid, siglos XIX y XX. De los Amigos de los Pobres y el Asilo de Caridad a ASVAI, Valladolid*, IUHS, 2002), aprovecha los magníficos fondos del archivo de la Casa de Beneficencia para trazar la historia de sus 200 años de existencia. Y lo hace no sólo con un imponente despliegue de trabajo sobre dichos fondos, sino con las perspectivas novedosas que ofrecen los más recientes avances en el estudio de la beneficencia. En efecto, superados ya los esquemas más estructuralistas y cuantitativos o desmontado en gran medida el paradigma foucaultiano, se aborda ahora una perspectiva más antropológica de la pobreza y se hace hincapié en no considerar al sujeto, al pobre, como un mero receptor pasivo de beneficencia. En esa línea se inserta uno de los apartados más novedosos de la obra, que encontraremos al tratar de los años centrales del siglo XIX.

Antes de llegar a ello, veremos cómo la autora singulariza algunas características

diferenciales del establecimiento vallisoletano frente a las exhibidas en otros centros españoles, del interior o la periferia, como los de Palencia o Valencia. Surgida después de ellos, como otros proyectos ilustrados, será capaz sin embargo de tener una trayectoria más amplia y continua. Coincide con aquellas en que sus impulsores son los hombres de las Sociedades Económicas de Amigos del País, y con la valenciana, en que fue promovida por un general, Carlos O'Donnell, al tiempo presidente de la Real Chancillería, de las Juntas de Policía y Sanidad, esferas donde se gestó la vallisoletana, en principio «Asociación» a secas, para responder, lo mismo que aquellas, al crecimiento del paro, la miseria y sus efectos en la salud pública.

En su proceso de construcción, sin embargo, difiere de sus homónimas al apartarse de los dos pilares ilustrados que hasta ese momento construyeron la cadena de asilos. A saber: la transversalidad de los asistidos (mendigos oriundos y forasteros, huérfanos y pobres de todo sexo y edad), pues aunque en principio no pueda desentenderse de retirar a los forasteros, descarta a los niños y se dirige a vallisoletanos ancianos y menestrales imposibilitados para el trabajo. Con más decisión se aleja del otro pilar ilustrado fracasado, el asilo convertido en fábrica de trabajo para pobres, en el que también insistieron la palentina y valenciana con notorio fiasco. Otra diferencia se cifraría en su directiva. El general O'Donnell la conformó en su casa con un puñado de vecinos, una élite sobre todo de la Iglesia que alcanza a la Universidad, del Ejército y comercio, alguno regidor municipal. Y por último, un rasgo diferente más tiene que ver con su proyecto benéfico, que tardará en perfilarse. Aunque al principio parece seguir la estela de los establecimientos de otros lugares, hacia la segunda mitad del siglo XIX, definirá sus objetivos preferentes, que serán los ancianos

y los menestrales impedidos, cediendo otras actividades benéficas a establecimientos que irán surgiendo en la provincia vallisoletana y que conformarán el puzzle del que hablábamos al principio.

Otra clave fundamental para entender el éxito y la continuidad de esta iniciativa benéfica tiene que ver por un lado, con su conexión con la Corona (visible también en lugares como Valencia), pero sobre todo, con la acción dirigente, primero del fundador, el general Carlos O'Donnell y posteriormente, del trío formado por tres hombres de Iglesia, representativos de las elites ilustradas y con prestigio en la ciudad desde los días de la invasión napoleónica: el vicario y hombre del obispo, Josep Milla Fernández, el canónigo José Berdonces y fray José Cabeza de Vaca, hijo del conde de Catres y de la marquesa de Portago, bailío de los Caballeros de San Juan. Ellos lograrán, entre otras cosas, la implicación del vecindario de Valladolid, que unido a una gestión muy eficaz, serán premisas fundamentales para explicar la notable autonomía que va a tener la institución.

Eso permitirá su consolidación en los años centrales del siglo XIX, que abren el segundo capítulo hasta el final de la centuria, detallan el tránsito del tiempo de los generales y hombres de Iglesia a una directiva plenamente burguesa. La autora indaga en la plasmación de sus valores de orden, trabajo y economías en la Casa, en sus primeros reglamentos y ampliación de su domicilio para atender la creciente demanda del vecindario. Con todo, lo más novedoso es su análisis del binomio benefactores/asistidos. Binomio que nos ha interesado no solo a los historiadores, también a los juristas, acerca de los límites del orden/desorden. Con los testimonios y libros de asilados de la Casa, la autora refuta los planteamientos foucaultianos del gran encierro para vigilar y castigar, pues fue escaso el

poder de los directivos frente a unos asistidos en ningún modo pasivos, que hacían valer sus propios esquemas y planteamientos

Así desgrana luchas perdidas y ganadas por los directivos, que desvelan la pugna cultural entre los hábitos populares y los valores burgueses. La autora cifra en los menos quienes nunca volverán; los más, los agolpados por entrar en la Casa por voluntad propia. Son los silenciados entre los silenciados, en desventaja por buscar el historiador lo «excepcional normal» que perfila los límites de la resistencia y el desorden. Pero esta mayoría silenciosa ha sido visualizada en este estudio por contribuir a sostener la Casa con su colaboración al orden interior y con su trabajo dentro y fuera de ella, engranaje de su funcionamiento cotidiano durante siglo y medio.

En suma, el patrón trazado por la vallisoletana se diferencia de sus homónimas levantinas por su autonomía, por su mayor éxito de financiación porque logra el óbolo del vecindario de toda condición, que fideliza su Directiva de cargos gratuitos que la gobierna como si de su peculio se tratara, con el resultado de verse acreditada ante el vecindario, sus instituciones y las generales del Reino. Se diferencia también por su proyecto benéfico, focalizado en ancianos e imposibilitados menestrales frente a la progresiva especialización de hospicio de las levantinas.

Un patrón que necesitó cincuenta años para consolidarse, gracias al apoyo de la Corona, del Arzobispado, de la propia gestión y del respaldo tanto de la élite dirigente como del vecindario vallisoletano, anudadas así beneficencia y ciudad como seña de identidad desde su origen. Se beneficia también del apoyo que le prestará una orden religiosa para su gestión. Como su homónima valenciana, recurre a las Hijas de la Caridad. Y por último, el empujón definitivo vino gracias al legado de D. Esteban Guerra.

Esa herencia —además de otras nada despreciables—, cambia el rumbo de la Casa asegurándola en manos privadas frente a sus homónimas levantinas, pero se acerca a ellas al ampliar el sujeto de su proyecto benéfico. Escuelas, como las de la Milagrosa, o establecimientos como el Asilo de Nuestra Señora del Carmen (1944) y la Escuela Santa Florentina (1959) serían buenos ejemplo. Una cercanía que solo dura medio siglo, como se advierte en el último capítulo, cuando la legislación acaba con los hospicios llevando al cierre de la valenciana (1982) y del asilo de las niñas del Carmen (1993), no así de la vallisoletana

que por entonces recibe la visita de S.M. la Reina Doña Sofía. Sobrevive apegada a su proyecto originario, transformado paulatinamente desde los años sesenta de asilo a residencia de ancianos, además de mantener su grupo escolar de la Milagrosa y Santa Florentina con su Fundación.

En definitiva, estamos ante un completísimo estudio sobre una institución benéfica que se inserta dentro de las más novedosas corrientes de investigación sobre el tema.

L. Santiago Díez Cano  
*Universidad de Salamanca*